

“EL PERSONALISMO, SUS ORIGENES HISTÓRICOS Y CULTURALES”

María Eugenia Guzmán Gómez
Universidad Anáhuac México Sur

Resumen

La primera parte del siglo XX representa para la historia de la humanidad una etapa internacionalmente convulsa, donde se vive una enorme tensión social de grandes e influyentes movilizaciones de millones de personas alimentada por una fuerte crisis intelectual. Un conjunto de pensadores van a coincidir en un marco ideológico, en una actitud y en una perspectiva común: colocar a la persona en el centro de la reflexión y de la estructura antropológico conceptual surgiendo así el llamado “personalismo”.

La presente exposición pretende dar un panorama general sobre los orígenes históricos y culturales del Personalismo y las tendencias filosóficas que influyeron en sus pensadores, resaltando la importancia del contexto político, económico, social y cultural para su formación y la relevancia de su pensamiento en este contexto.

Palabras clave

Personalismo, persona, despertar personalista, antropología, crisis liberal, liberalismo,

Introducción

No es difícil coincidir entre los analistas e historiadores que la civilización occidental a principios del siglo XX podía ser descrita de la siguiente manera: capitalista en su funcionamiento económico, liberal en su estructura jurídica y constitucional, burguesa en su clase

hegemónica y brillante en sus logros científicos. Era precisamente Europa quien ejercía un papel central en este sistema gracias a su gran capacidad técnica e industrial, política y por supuesto militar.¹

En el período comprendido entre 1914 y 1939 el mundo se enfrentaba al derrumbe de la civilización occidental, provocada ésta, por una crisis social y económica debido a la descomposición del cuadro de valores liberales que desencadenaron tres procesos paralelos. En primer lugar aparecen una serie de ideologías contra el sistema que se vivía, donde encontramos al comunismo, algunas variantes autoritarias y el fascismo, como alternativas al modelo liberal, capitalista y burgués operante. En medio de la lucha ideológica, encontramos una gran capacidad movilizadora de estos grupos que llegan al poder ayudados por el deterioro de la legitimidad democrática.²

En segunda instancia se observa un avance en las construcciones científicas y filosóficas que cuestionan la creencia en un orden racional en el mundo; la razón, la abstracción y el principio de causalidad, resultan insuficientes y ahora poco confiables para dar explicación al mundo de la posguerra. Ahora éstas serían reemplazadas por la relatividad y el vitalismo, por el redescubrimiento del valor del instinto y la intuición, y de un pesimismo que impregna el ambiente y que deriva en un agotamiento intelectual y regenerador de la civilización occidental. Finalmente, el tercer proceso es económico debido al inadecuado funcionamiento del sistema económico internacional. El deseo de restaurar el sistema capitalista en la posguerra se enfrentó a grandes problemas ya que la recuperación que se esperaba fue lenta y deficiente, provocando graves problemas sociales debido a la alta tasa de desempleos. La gran crisis económica desplazaría del escenario político, económico, social y cultural al liberalismo, por lo menos en ese momento. Estos tres procesos harán entrar en crisis los fundamentos del sistema liberal.³

¹ HOBBSAWM, E., Historia del siglo XX, 7ª ed, Crítica, Barcelona, 2004.

² Aparecen varias ideologías antiliberales como fueron el comunismo, por un lado, y los distintos fascismos particulares. El deterioro de la legitimidad democrática se debió en gran medida a varias alternativas antidemocráticas que se manifestaron en varios países europeos y no únicamente el nazismo alemán.

³ Después de la Gran Guerra, las grandes dificultades que se presentaron en el proceso de recuperación en el campo político, económico, social y cultural, frenaron que Europa regresara a su posicionamiento anterior donde ésta dominaba la economía mundial gracias al poder de financiero y monetario de Londres y a la fuerza industrial y comercial de Berlín. En la posguerra, el nuevo titular del poder financiero y monetario y de la fuerza marítima e industrial se traslada a los Estados Unidos. Ver Paredes, J. (comp), Historia Universal Contemporánea, Ariel, Barcelona, 1999.

Derivado de este complejo entorno deviene la crisis de la cultura de la modernidad. Observemos brevemente el proceso histórico que la construyó, la cual tomaría su propio tiempo y espacio. Puntualicemos algunos momentos que son esenciales en su formación. Primero el nominalismo medieval, quien es el que pone las bases del individualismo y la subjetividad. Segundo, la asimilación del concepto de Estado moderno en el siglo XV y que se reforzará hacia el absolutismo. El binomio individualismo/estatismo se reforzó con el confesionalismo derivado de la Reforma y la razón de Estado de Maquiavelo. Tercero, Descartes también contribuyó con su concepto de inmanencia a que la cultura en formación renunciara al conocimiento de Dios por medio de la razón y que se abocara en el estudio del mundo material que provocó el desarrollo de la ciencia moderna. El siglo XVIII elaboró su propia síntesis de los elementos mencionados con el predominio de la razón, base de todo el pensamiento que se creaba. Con todos estos elementos nace el liberalismo en el siglo XIX y con él la plenitud del mundo moderno.⁴

Mucho se ha descrito al hombre liberal y de la esperanza del hombre y de la sociedad en el progreso. La historia lo corroboraba. El mundo entero sometido al expansionismo colonial de Occidente, el capitalismo en pleno auge con la industria y comercio a todo vapor, la burguesía mercantil que progresaba a pasos agigantados que aunque no beneficiaba a todos, se tenía la esperanza que llegaría con el tiempo, la ciencia en constante superación y al servicio del bienestar del hombre, así, el liberalismo político parecía ofrecer paz y estabilidad. La concepción antropológica liberal, donde el dominio del hombre se sustentaba en la razón, la ciencia y la técnica, parecía ser la que aseguraría la armonía final de la sociedad. Se respiraba un clima de seguridad, tranquilidad y satisfacción hasta 1914. La Gran Guerra derrumbaría este mundo que entraría en una crisis de sus fundamentos y del juicio al entorno que ahora no comprendía. Ese mundo preciso, ordenado y prometedor se volvió repentinamente incomprensible, impreciso, desordenado y sin rumbo. El progreso y el mero avance material eran ahora sólo un mito. ¿Y el hombre? ¿Qué debía de hacer? ¿Cuál sería ahora su referencia?

⁴ Gracias a las ideas presentadas por los principales liberales clásicos como Locke, fundador del liberalismo clásico, Rousseau, Hume, Montesquieu, Adam Smith, Kant, y Mill y en la tradición norteamericana, Thomas Jefferson, Thomas Paine y James Madison, el liberalismo se fue gestando a través de dos siglos.

El hombre del siglo XX se sintió autónomo y sin necesidad de seguir norma alguna, esto se vio reflejado, por ejemplo, en el arte que produjo, libre de cualquier valor o responsabilidad. La ciencia también tuvo esta manifestación. El cambio más decisivo se verificó en la física donde las teorías de Einstein enterraron el equilibrado universo de Newton. Ahora era el universo era tetradimensional, recurvado sobre sí mismo y finito, aunque sin límites. Este cambio tan radical fue siendo cada vez más aceptado gracias a las investigaciones promovidas. El derrumbe de las viejas concepciones físicas y los nuevos descubrimientos en astrofísica aseguraban que nada era seguro. La física ahora se centró en la descripción renunciando a la explicación debido a la indeterminación y la incertidumbre. La naturaleza parecía ser muy difícil de ser comprendida.⁵

El hombre necesitaba soluciones a la crisis. Algunos científicos y representantes de las distintas corrientes artísticas que se promulgaban se limitaron a ser testigos de la crisis, sin embargo hubo ciertamente intentos de solucionarla o por lo menos de proponer alternativas.⁶ La salida no era fácil desde la perspectiva de un hombre autónomo y sin normas. Las propuestas, entonces, estuvieron encaminadas a encontrar un principio ordenador de la conducta humana. Entre ellas estaban el aumento de la autoridad sobre la sociedad. Ésta podía ser política, donde como respuesta, se dieron las diversas dictaduras que aparecieron durante el período de entreguerras, no sólo en Europa, tenemos el caso de Mussolini, sino también en América y Asia. Como consecuencia del aumento del poder del Estado y de la extensión de las ideas socialistas y nacionalistas que la Gran Guerra había provocado, el mundo se enfrentaba a las tiranías. Como ejemplos de ellas están Juan Vicente Gómez en Venezuela, Mustafá Kemal en Turquía, Reza Pahlevi en Persia o Primo de Rivera en España, por mencionar algunos. Ellos se dieron cuenta de la crisis del liberalismo y sostenían con la práctica, que la solución era una autoridad fuerte frente a un país que señalara la dirección hacia dónde ir.

Diversas propuestas humanistas, filosofías de los valores y la filosofía de la historia donde se destacan los ciclos históricos intentarán dar

⁵ Cf. WATSON, Peter, Historia intelectual del siglo XX, Crítica, Barcelona, 2000.

soluciones para la dirección del conjunto social donde la influencia de una autoridad moral se hace necesaria.⁷

El análisis de la crisis de la cultura se centró en el hombre, en intentar comprenderlo y ofrecer alternativas mediante distintos humanismos y formas de entender al ser humano, algunos de ellos radicales cargados de inmanentismo y eclecticismo. La apuesta por el descubrimiento y la descripción de los valores que permitiría al hombre hacerlos suyos y adecuar a ellos su conducta superaría el desorden liberal que había conducido a la crisis. Algunos contemporáneos como Ortega y Gasset, entre otros, captaron que la existencia misma de la civilización y de la cultura estaba amenazada por la ausencia de normas. La unidad que innova la historia no es el héroe como decía Nietzsche, ni las masas como afirmaba Marx, sino la interacción del yo y su circunstancia histórica, del noble y de las muchedumbres. ¿Cómo transmitir las normas del hombre noble a unas masas que no parecen dispuestas a renunciar a nada? Un intento de humanismo ordenador de la crisis fueron las interpretaciones cíclicas de la historia en donde se debatía que la crisis de la civilización occidental era el fin de un determinado ciclo cultural. Estudiando la dinámica de los ciclos culturales, llevarían al hombre a descubrir su comportamiento. Para Spengler, por ejemplo, en *La decadencia de Occidente*,⁸ las culturas, tras su origen, pasarían por un verano, un otoño y un invierno que sería el fin. En este ciclo quedaba excluida toda posibilidad de progreso que no fuera evolutivo y afirmaba la posibilidad de establecer una ley que predeterminara la historia, ésta, extraída del pasado, permitiría controlar el futuro.

Una segunda solución a la crisis liberal fue la apuesta por el ordenamiento del conjunto de individuos mediante el incremento del poder del Estado. Estas dictaduras presentadas como “personales”, basadas en la voluntad de un hombre, o de manera “impersonal” en la voluntad del pueblo, desecharon el liberalismo y propusieron básicamente dos sistemas: el sistema democrático popular o comunismo, cuya norma ordenadora era la clase social, y el sistema democrático radical como el nazismo, cuya norma ordenadora era

la raza. Para ambas construcciones totalitarias, la crisis del mundo occidental terminaría cuando la estructura social fuera justa, esto es, que todo estuviera ordenado en torno a los intereses de la clase proletaria, en el primer caso, o a los de la raza aria, en el segundo.

La tercera solución la veían posible en los neoliberalismos o en la vuelta a la Ilustración. No veían como causa de la crisis a la ausencia de normas, sino, a la persistencia en el modo de vivir esas normas. Había que comenzar el camino de nuevo.

El llamado “despertar personalista” surge del contexto ya descrito, en el que la problemática se advirtió no como un problema intelectual sino como una crisis de civilización que fue confluyendo lentamente y por vías muy distintas, donde era necesario recurrir al concepto de persona y construir desde allí, una nueva antropología. “Enormes acontecimientos han tenido lugar en estos últimos 25 años (1914 -39). La faz del mundo ha cambiado totalmente. Todos los valores en vigor han caducado...”⁹

Por caminos variados, con interdependencias en ocasiones, o relativamente independientes, vamos a encontrar las propuestas de ética personalista de Scheler, el personalismo tomista de Maritain, el personalismo comunitario de Mounier, filosofías dialógicas de tradición judía o el existencialismo personalista de Gabriel Marcel. Todos ellos con un fondo filosófico común: el personalismo.

Algunos de los factores más relevantes que para Juan Manuel Burgos¹⁰ configuraron el pathos y ethos del que surgió el personalismo fue el ambiente científicista, que en muchos personalistas, los impulsó a proclamar la primacía de lo espiritual; el auge del individualismo y el colectivismo, que sería clave en la determinación del concepto de persona; algunos presupuestos y problemas filosóficos que preanunciaron el personalismo, y finalmente, la percepción de este problema en el pensamiento católico. Analicemos estos puntos.

⁷ Cf. VERNAUX, R., *Historia de la filosofía contemporánea*, Herder, Barcelona, 1989.

⁸ SPENGLER, O., *La Decadencia de Occidente bosquejo de una morfología de la historia universal*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976.

¹⁰ *Ibid.*, p. 12.

El primero, el ambiente positivista y científicista. La mentalidad positivista y científicista alcanzada por la ciencia experimental ya en el siglo XIX fortaleció el ateísmo y el agnosticismo. El progreso de los conocimientos científicos no sólo exacerbó la importancia de éste método sino que era el único método de conocimiento válido. ¿Qué ofrecían las ciencias humanas? Oscuridades, imprecisiones y contradicciones, razonamientos ininteligibles del idealismo dominante que llevaron a estas ciencias al descrédito. Las creencias religiosas o sólo explicaban lo que el hombre no había logrado explicar o eran falsas. “Lo positivo, lo esencial en la intuición o determinación del ser divino es exclusivamente humano; por eso la intuición del hombre en cuanto que objeto de la conciencia sólo puede ser negativa, adversa al hombre. Para enriquecer a Dios debe empobrecer al hombre, para que Dios sea todo, el hombre debe ser nada”.¹¹ El evolucionismo de Darwin, las obras de Freud, Nietzsche, Comte o Watson, entre otros, parecieron demostrar científicamente que el hombre no era mas que simple materia evolucionada, compleja, pero materia. Sólo las ciencias positivas eran válidas para explicarlo y el resto de los saberes, como la filosofía, era un “refugio de almas débiles incapaces de enfrentarse con la realidad”.¹²

Esta mentalidad propició el auge de la lógica, la búsqueda de un lenguaje universal de semántica única, cercano a la matemática y el conductivismo watsoniano en la psicología. Junto a estos proyectos intelectuales, las ciencias humanas, la antropología filosófica y la metafísica declinarían. Hablar de la miseria, la infelicidad o la malicia de los hombres en este cerrado ambiente positivista y científicista era imposible. Se hizo necesario que un grupo de intelectuales, entre ellos, los personalistas, insistieran en la necesidad de pensar en términos trascendentes, es decir, para utilizar el término acuñado por Maritain y utilizado por Mounier, “la primacía de lo espiritual”.

Un segundo factor importante en la formación del personalismo fue el individualismo y los colectivismos que “dominan los espíritus, forman opiniones públicas y privadas en el mundo occidental de hoy” (Landsberg, P.L. Problemas del personalismo). Dos corrientes

antitéticas que convergen entre sí por los extremos. Un individualismo que puede caracterizarse por tres rasgos, el primero, una ética utilitarista radical, donde se maximiza el placer y se minimiza el dolor, que puede presentar un principio social, pero que no admite ninguna regla absoluta. Donde la persona no constituye un valor absoluto en sí, sino un simple bien, que aunque importante, está sometido a la regla de la utilidad. Segundo, una firme y decidida defensa de los derechos del individuo por encima de cualquier colectivo, donde se reclama la no injerencia del Estado en los asuntos internos de la persona y la capacidad de decidir por ella misma todo lo que le concierne sin que nadie se interponga, a menos que perjudique o cause daño a otros. Así lo postulaba su máximo exponente, Stuart Mill. Finalmente un tercer rasgo, el capitalismo de principios del siglo XX, primario y salvaje, donde una burguesía se enriquecía y fortalecía y un proletariado se empobrecía. Regidos por la regla “laissez fair, laissez passer”, postulaba la no intervención del Estado y la autorregulación del mercado a través de la “mano invisible” que actuaba oculta pero eficazmente en los engranajes del sistema. Mounier criticaría de forma implacable este individualismo convirtiendo al individuo burgués en la causa de todos los males de la sociedad. Un individuo que se preocupaba exclusivamente de sí mismo sin tomar en cuenta el bien de la comunidad.

Los colectivismos se situaron en el extremo opuesto, frente al individuo, la colectividad y frente al individualismo, el colectivismo. El individuo debía olvidarse de sus derechos, intereses y dignidad y supeditarse a los derechos e intereses de clase o de la patria; era un destino que le superaba y que le daba sentido a su actuar. El colectivismo encontró sólidas razones en el idealismo hegeliano de izquierda, inspiradores también del marxismo y el fascismo y el nazismo en la derecha hegeliana. Recordemos que Hegel había teorizado la prioridad del sistema sobre el individuo y dentro del sistema, la preeminencia del Estado como forma perfecta de organización política. Los colectivismos radicalizaron más esta postura, pues Hegel postulaba un estado de derecho y en los colectivismos los derechos de los individuos quedaban sometidos al poder de la colectividad en

¹¹ FEUERBACH, L., La esencia del cristianismo, Trotta, Madrid, 1995, pp. 76 – 77, en BURGOS, J.M., Introducción ... p. 15.

¹² LANDSBERG, P.L., Problemas del personalismo, Mounier, Salamanca, 2006, p. 106, en BURGOS, J.M., Introducción ... p. 18.

diversas formas: la raza, el pueblo o la nación. Alcanzar la dictadura del proletariado, era el “Paraíso comunista” y a ese objetivo el marxismo lo supeditaba todo incluyendo a las personas. La meta justificaba los medios por lo que en su praxis imprimía una ética completamente instrumental: ético era lo que servía a los intereses del partido y de la revolución.

Los colectivismos de derecha, el fascismo y el nazismo, luchaban contra un comunismo invasor y amenazante. Para enfrentarlo, proponían un ideal colectivo al que los individuos se podían sumar para darle sentido a su existencia y el que se resistiera queda rechazado de la comunidad. Ese ideal colectivo era la fuente última de sentido. “...el Estado es la verdadera realidad del individuo” afirmaba Mussolini y “El individuo vive en la Nación de la que es un elemento infinitesimal y pasajero, y de cuyos fines debe considerarse órgano e instrumento” expresaba Gino Arias, teórico del régimen fascista. El error antropológico de base hizo que el hombre acabara transformado en un mero instrumento prescindible de los intereses del Estado o del Pueblo representados por líderes carismáticos, líderes políticos y morales.

El personalismo nació como reacción a estas dos posiciones antitéticas buscando una alternativa que se hacía necesaria entre una antropología individualista y una sociología colectivista. Intentó ser una opción a favor de la persona que tomaba del individualismo su defensa de los derechos del sujeto, y de los colectivismos su tensión ética hacia la construcción de un proyecto común, es decir, la primacía de la persona frente a la sociedad equilibrada por la correlativa obligación de servir a esa misma sociedad a través de un fuerte compromiso cuyo eje era la dignidad de la persona. Esa respuesta, aunque fuera teórica en su origen, debía estar estructurada de tal manera que permitiera una mediación social permitiendo la elaboración de un proyecto social alternativo. Había que recurrir a la persona, a la experiencia de ser persona y de encontrarse con otras personas como punto de partida de la propuesta.

El personalismo se nutre también de fuentes filosóficas como Kant, Kierkegaard y el existencialismo, la fenomenología de Husserl y el tomismo, particularmente el neotomismo.

De manera colateral, más no estructural, es decir a manera de “inspiración”, mas no asumiendo sus premisas fundamentales ya sean antropológicas, epistemológicas o éticas¹³. Kant influye sobre todo a través de su formulación filosófica de la dignidad de la persona, en particular en la Fundamentación de la metafísica de las costumbres donde distingue entre cosas y personas. Éstas son seres racionales y su naturaleza los distingue como fines en sí mismos y no como medios. Prohíbe la instrumentalización de la persona, principio filosófico del personalismo. Así mismo se toma el concepto de la dignidad de la persona entendida como la dignidad de un ser racional que no obedece a ninguna otra ley que aquella que él se da a sí mismo.¹⁴

Kierkegaard y su existencialismo, tendrá un mayor peso en el surgimiento del personalismo (hablamos de la primera mitad del siglo XX) cuando reivindica la importancia del individuo singular que sería el precedente moderno de persona. (Mounier, por ejemplo, sitúa a Kierkegaard como raíz de todo existencialismo, y el personalismo sería una rama de ellos). Kierkegaard apuesta por el individuo, por el hombre singular, del individuo realmente existente, valioso por sí, único e irrepetible, inmerso en una existencia singular en la que debe decidir su destino. Se contrapone totalmente al sistema hegeliano que sostuvo muchos colectivismos porque privilegiaba a lo abstracto y colectivo, a lo impersonal y absoluto. De esta manera se inician los grandes temas que marcarían la filosofía existencialista y de modo indirecto al personalismo. Lo más significativo sería “la primacía del individuo” como el valor primario y absoluto por excelencia capaz de alzarse por encima de su propio género: la humanidad. Otra gran aportación kierkegaardiana es la relevancia antropológica de la interpersonalidad, particularmente la relación del hombre con un Dios – Persona ya que anteriormente el espíritu humano venía definido por su relación con objetos. Finalmente, Kierkegaard abrió una vía de

¹³ Cf. BURGOS, J.M., Introducción ... , p. 30.

¹⁴ Carlos Díaz coloca como influencias filosóficas del personalismo en una misma línea a Kant, a Husserl (fenomenología) y a Scheler (axiología) y como sus raíces al cristianismo).

tipo ético cuando insistió en el carácter dramático y angustioso de la vida y en la capacidad del hombre de hacerse a sí mismo. El hombre finito y limitado depende de su libertad y se encuentra inmerso en el drama de la existencia. Este nuevo planteamiento filosófico tuvo sus concreciones en Sartre y la preminencia de la existencia sobre la esencia en Marcel, donde la experiencia ética interior de cada hombre, única e irreplicable, se integra en la condición humana común. El personalismo retomará estos temas, también como fuente de inspiración, pero desde una perspectiva menos dramática y angustiada.

Otra gran influencia en el personalismo es Husserl y su propuesta fenomenológica. El filósofo debía enfrentarse no a construcciones ideales, sino a la que veía pura y simplemente, a lo que su mente le presentaba como dado ante la inteligencia. “Lo percibido” es. Las afirmaciones filosóficas deberían poseer un valor científico y fuera de prejuicios. Este nuevo modo filosófico de acercarse a la realidad consistía en ponerse frente a la realidad eliminando todos los prejuicios para intentar ver lo que está, para captar las esencias en toda su pureza epistemológica¹⁵. En esta primera etapa husserliana, su método era compatible con las premisas básicas del realismo. La influencia de Husserl en el personalismo llega a través de dos vías: el método fenomenológico y la constitución del grupo de Gotinga con Von Hildebrand o Edith Stein.

El personalismo se vio influenciado también por el tomismo a través de su presencia en casi todos los filósofos católicos de la época.¹⁶ Sin embargo, muchos filósofos católicos mantuvieron una actitud distante al entender que la filosofía tomista no podía ser repropuesta tal cual en el mundo contemporáneo, su mundo medieval no podía resolver los problemas del momento. Hubo dos modalidades para retomar el tomismo. Una de ellas intentó una reformulación profunda del pensamiento tomista mediante la construcción de una filosofía personalista que incluyera elementos tomistas, no simplemente una adaptación. Ningún personalismo es un mero tomismo modificado y prueba de ello fueron las propuestas de Wojtyla y Edith Stein quienes

realizaron una síntesis original de tomismo y fenomenología. Otra de las modalidades asumieron al tomismo como un cimiento presente que proporcionaba una de las mejores formulaciones posibles del realismo filosófico.

Evidentemente, la situación cultural del catolicismo fue clave en el surgimiento del personalismo. Había un rechazo global de la cultura europea al cristianismo, la decisión consciente tomada por el mundo moderno de no adherirse a la fe cristiana y la convicción de no vivir del legado moral cristiano. Se debía reconocer que los propios cristianos tenían culpa de ello. El cristianismo se había institucionalizado, se había clericalizado formando parte del “desorden establecido”. Esto generó una reacción cultural sin precedentes. En el terreno filosófico, esta reacción se planteó como una necesidad imperiosa de confrontación con la filosofía moderna. La llamada de León XIII dio ricos resultados para el cristianismo. Condujo a una renovación de los estudios tomistas, a un descubrimiento del pluralismo filosófico de la Edad Media; Etienne Gilson, es un ejemplo, y a un relanzamiento del neotomismo como el mismo Gilson y Jacques Maritain. Sin embargo, no fue suficiente. Era necesario un esfuerzo más grande ya que la filosofía dominante no podía ser ignorada o repudiada. Los pensadores personalistas entendieron que la actitud adecuada era buscar las aportaciones que debían ser integradas en la nueva filosofía que debía forjarse para el futuro. Entendieron que era posible renovar una inspiración filosófica en el cristianismo ya que poseía todavía recursos ignorados que no habían sido explotados y se intuía que podía haber más.

El despertar personalista, expresión de Bombacci, configuró así el recurso continuo y recurrente al concepto de persona desde ámbitos sociales, filosóficos o teológicos. Era el término clave para resolver los grandes problemas del momento. Ese despertar personalista, es el que dio lugar, por diversos caminos, pero entrelazados, al personalismo en sus diversas variantes. Los principales personalistas surgidos del complejo contexto socio – cultural ya descrito permite una clasificación que combina áreas culturales, lingüísticas y que

¹⁵ El método cobró tal importancia que acabó convertido él mismo en una filosofía.

¹⁶ Cabe recordar la reproposición de Tomás de Aquino con León XIII a finales del siglo XIX en su encíclica Aeterni Patris, 1879.

corresponden a naciones: Francia, Italia, Polonia, España, Alemania y Austria, y grupos de pensamiento con entidad propia, como la fenomenología realista o la filosofía del diálogo, pudiendo permitir otras perspectivas posibles. El personalismo francés, históricamente hablando, el más importante por la presencia de Mounier, tiene su peso en la formación del personalismo y en particular en la consolidación como movimiento.

Bibliografía

BURGOS, J. M., Introducción al Personalismo, Palabra, Madrid, 2012.

— — — — —, El Personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva, Palabra, Madrid, 2000.

DÍAZ, C., Emmanuel Mounier, Kadmos, Salamanca, 2000.

DOMÍNGUEZ, XM et al., La revolución personalista y comunitaria en Mounier, Kadmos, Salamanca, 2002.

MOUNIER, E., Personalismo: antología esencial, Sígueme, Salamanca, 2002.

PAREDES, J. (coord.), Historia Universal Contemporánea, Ariel Historia, Barcelona, 1999.

VERNAUX, R., Historia de la Filosofía Contemporánea, Herder, Barcelona, 1989.

WATSON, P., Historia intelectual del siglo XX, Crítica, Barcelona, 2000.
